EL SENTIDO DE LA REVOLUCION FRANCESA

POR.

MIGUEL PORADOWSKY

«El sentido de la Revolución francesa» es un tema que, probablemente ha sido tratado y sigue siéndolo por la mayoría de los estudiosos de la historia de Francia, lo que se expresa en los mismos títulos de las obras al respecto. El primer libro sobre la Revolución francesa, el de Burke (1), aparece con el título Reflexiones sobre la Revolución en Francia, y casi inmediatamente es seguido por muchísimos otros autores, con la pequeña diferencia de que la palabra «reflexiones» es reemplazada por «consideraciones». Así, desde Burke y MacKintosh (2), pasando por Rabaut de Saint Etienne (3), Barnave (4), Jacques Mallet du Pan (5), Mme. Staël (hija de Necker) (6) y, ante todo, Joseph de Maistre (7), y un centenar de otros autores hasta Charles Maurras (8), llegando luego a los innumerables escritores del bicen-

⁽¹⁾ EDMUND BURKE, Reflections on the Revolution in France, 1790.

⁽²⁾ James Mackintosh, Vindiciae Gallicae, 1791; en la traducción francesa lleva el título: Apologie de la Révolution française.

⁽³⁾ JEAN-PAUL RABAUT DE SAINT ETIENNE, Précis de l'histoire de la Révolution, 1791.

⁽⁴⁾ Antoine Pierre Joseph Marie Barnave, Introduction à la Révolution française, 1792 (publicado por primera vez en 1843).

⁽⁵⁾ JACQUES MALLET DE PAN, Considérations sur la nature de la Révolution française.

⁽⁶⁾ Anne Louise Germaine Necker, baronne de Staël-Holstein, Considérations sur la Révolution.

⁽⁷⁾ Joseph de Maistre, Considérations sur la France, 1796.

⁽⁸⁾ CHARLES MAURRAS, Réflexions sur la Révolution.

tenario, con Albert Soboul (9) y François Furet (10), se busca el «sentido de la Revolución francesa». Lo curioso es que, a pesar de tantos estudios, «reflexiones» y «consideraciones», el tema, hasta ahora, no parece estar suficientemente aclarado.

Casi para todos estos autores, con muy pequeñas excepciones, la Revolución francesa aparece como una misteriosa e inexplicable calamidad; de ahí la pregunta que se plantean con tanta frecuencia: ¿cómo Dios pudo permitirla? Valmigère, sintetizando el pensamiento al respecto de muchísimos autores, pero dando preferencia a dos de ellos, La Harpe y Joseph de Maistre, como pensadores más profundos, escribe: «durante medio siglo los franceses han pretendido que la ley de Dios hacía mal a la humanidad, mientras que la ley humana aseguraría su felicidad. Dios les ha permitido hacer un ensayo, para confundirlos. Y la confusión durará mientras persistan en su orgullo y en sus pretensiones. Sin embargo, Dios no ha permitido que la Francia sucumba. Eso (la Revolución) fue, como lo dicen los mismos autores, una fatalidad de carácter satánico, pues la Revolución tiene algo de inexplicable si se toma en cuenta sólo al hombre. ¿Cómo justificar, por ejemplo, el hecho de que un pueblo civilizado como el nuestro comiera carne humana, lo que ocurrió varias veces durante las masacres?» (11).

Además, en el umbral de su vida, durante la misma ceremonia del bautismo de Clodoveo y con él de toda la Francia (año 496), San Remigio profetizó sobre Francia: «Este reyno será grande entre todos los de la tierra. Victorioso y próspero mientras sea fiel a su fe, será duramente castigado cada vez que se aparte de ella. Sin embargo, permanecerá hasta el fin de los tiempos» (12).

En la imposibilidad de sintetizar aquí todas las opiniones sobre el «sentido de la Revolución francesa», nos limitamos a

⁽⁹⁾ Albert Soboul, Comprendre la Révolution, 1981.

⁽¹⁰⁾ FRANÇOIS FURET, Penser la Révolution française, 1978, 1983.

⁽¹¹⁾ VALMIGÈRE, Enquête sur la Révolution, NEL, 1956, pág. 15.

⁽¹²⁾ Cit. por Valmigère, op. cit., pág. 5.

mencionar sólo algunas de ellas, que, tal vez, sean las más interesantes.

Cronológicamente aparece en primer lugar la «teoría de la venganza», que tiene varias presentaciones.

La primera de ellas se refiere a la venganza de los galos. Es la tesis de James MacKintosh (1765-1832). Escandalizado con el libro de Edmund Burke (Reflexions on the Revolution in France, 1790). MacKintosh sale en defensa de la Revolución francesa. La tesis principal de este eminente hombre público de Inglaterra, abogado, médico, político e historiador, es de que la Revolución francesa vino como una venganza del pueblo galo sojuzgado por los francos. Esta teoría, que busca la explicación del sentido misterioso de la Revolución francesa, viene después a ser desarrollada y profundizada por Augustin Thierry (1795-1856), el historiador francés especializado en la historia de Francia de los tiempos de los merovingios (13) y la trata en su obra Lettres sur l'histoire de France, 1827. Así, el «sentido de la Revolución francesa» es -para MacKintosh y para Thierry- la «venganza de los galos sobre los francos» («la revanche des Gaulois sur les Francs»), como lo sintetiza, en esta corta frase, Valmigère (14).

Al respecto recordemos que los galos se adueñan de esta parte de Europa casi diez siglos antes de Cristo, constituyendo una sociedad independiente, que dura hasta el final del siglo quinto después de Cristo, cuando los conquista el pueblo germánico de los francos, imponiendo la dinastía de los merovingios. Los quince siglos de vida independiente de los galos, sólo parcialmente dominados por el imperio romano en el primer siglo (lo que los protegía de la invasión germánica), no podían ser fácilmente olvidados. Ver, pues, en la Revolución francesa una venganza de los galos sobre los francos no parece ser una teoría gratuita; lo cual es confirmado también por la actual resistencia de los pueblos de origen céltico en Irlanda y en una parte de Inglaterra.

⁽¹³⁾ Véase su obra Relatos de los tiempos merovingios.

⁽¹⁴⁾ Valmigère, op. cit., pág. 15.

Otros autores buscan a estos «vengadores» en los distintos estratos hitóricos de Francia. Así, por ejemplo, algunos los ven en los descendientes de los masacrados albigenses (cátaros), durante la cruzada del año 1209. Es sabido que esta peligrosísima secta religiosa (por sus inmorales costumbres), que dominaba gran parte del mediodía de Francia, teniendo su centro en los alrededores de Albi (de ahí su nombre), no fue liquidada completamente por la mencionada cruzada e, incluso, se extendió también a España, principalmente al reino de León. Los partidarios de esta teoría invocan como argumento el hecho de que el terrible ejército de los voluntarios revolucionarios, reclutados entre los bandidos de Marseille y sus alrededores (ellos fueron los primeros que cantaron el himno compuesto por Rouget de Lisle. y por esta razón este himno tomó el nombre de «Marseillaise»), expresaba en sus crueldades (las matanzas, los incendios, el canibalismo, etc.) el espíritu de venganza de los descendientes de los albigenses.

También algunos partidarios de la «teoría de la venganza» se refieren a los herederos de los Templarios. Se trata de la orden militar y religiosa fundada en 1119, con la finalidad de defender la Tierra Santa contra los musulmanes. Sin embargo, con el tiempo, poco a poco, los Templarios cambiaron de costumbres, dando preferencia a los negocios, adquiriendo enormes riquezas y llegando muchos de ellos a ser banqueros de los príncipes, reyes y papas (15). Se les ha acusado también de ser precursores de la masonería. El rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, los hizo procesar con el gran maestre Jacobo de Molay a la cabeza. Algunos de ellos, condenados a muerte, fueron quemados en la hoguera (16). Como argumento en favor de la relación entre el caso de los Templarios y la Revolución francesa se invoca tanto el supuesto vínculo de la masonería y los Templarios, como el hecho de que el Luis XVI y su familia fueron to-

⁽¹⁵⁾ PIQUET, Des banquiers au moyen âge:les Templiers, 1939.

⁽¹⁶⁾ Jules Michelet, Le procès des Templiers, 1851; Oursel, Le procès des Templiers, 1959; M. Melville, La vie des Templiers, 1974; C. G. Addison, The history of the Knights Templars, 1842.

mados presos y quedaron encarcelados precisamente en el Temple, es decir, en la antigua sede de los Templarios, siendo condenados a muerte y guillotinados, en lo cual se sospecha la venganza de los masones como supuestos herederos de la orden Templaria.

Otra versión de la «teoría de la venganza» se refiere a los hugonotes, es decir, a los protestantes franceses. Según esta teoría, el terror de la Revolución francesa se explica ---ante todo en su fase de persecusión de los católicos— como la venganza por la «noche de San Bartolomé». Conviene recordar al respecto que la principal matanza de hugonotes tuvo lugar en París durante la noche de San Bartolomé (el 24 de agosto de 1572), bajo el reinado de Carlos IX a instigación de Catalina de Médicis y de los Guisas (17). Pues bien, durante la Revolución francesa hubo frecuentes referencias a esta noche de San Bartolomé. Rivarol anota: «... hasta fines de agosto de 1789, en el aniversario de la matanza de San Bartolomé, el pueblo había decidido asesinar a todos los nobles...» (18). Incluso todavía antes de la «toma» de la Bastilla (el 14 de julio de 1789), el 12 de junio, Camille Desmoulins excita a las turbas, anunciando una nueva noche de San Bartolomé (19).

Los mencionados casos de venganza son solamente suposiciones más o menos fundadas. Sin embargo, hay un caso indiscutible, a saber: la venganza de parte del duque de Orléans.

Al respecto, P. C. Lecomte escribe: «El duque de Orléans,

⁽¹⁷⁾ Catalina de Médicis, hija de Lorenzo de Médicis, nacida en Florencia (1519-1589) fue esposa de Enrique II de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III, siendo la Regente durante la minoría de edad de Carlos IX.

Los Guisas fueron una familia ilustre de Lorena; Francisco de Lorena (1519-1563), duque de Guisa, defendió Metz contra Carlos V; Enrique I (1550-1588), duque de Guisa, hijo del anterior, dirigió la matanza en la noche de San Bartolomé e intentó quitar la corona a Enrique III, quien lo hizo asesinar.

⁽¹⁸⁾ RIVAROL, op. cit., pág. 91.

⁽¹⁹⁾ Histoire et dictionnaire de la Révolution française, ob. cit., página 567.

castigado por la autoridad real (20), desde ese momento pensaba cómo vengarse..., un día dijo a su valet, el hombre de su confianza: ...me lo van a pagar muy caro..., sí, incluso si tuviera que perecer, pereceré, con tal de que haga perecer también al rey y sobre todo a la reina, lo juro, los voy a llevar a eso; los voy a hacer tan desdichados como las creaturas vivas lo pueden estar; para lograrlo gastaré toda mi fortuna e, incluso, perderé mi vida, si es necesario...» (21).

Pues bien, es sabido que no se trataba sólo de palabras, pues el duque de Orléans había atentado varias veces contra la vida del rey y de la reina, sirviéndose de sicarios. Más todavía, apoyaba todo tipo de complots para destronarlo y matarlo.

Así, la venganza personal del duque de Orléans probablemente llega a ser una venganza «representativa» y «acumulativa» de todas las venganzas anteriormente mencionadas, pues consta que Felipe Igualdad había apoyado casi todas las conspiraciones contra la vida del rey Luis XVI y también consta que casi todos los complots contra la monarquía organizados por la masonería (de la cual el duque de Orléans era el más alto dirigente (22) y la cual, en sus publicaciones (23), reclama ser continuadora de los Templarios) y por los protestantes (24), herederos (25) de los hugonotes. Además, el duque de Orléans se sir-

⁽²⁰⁾ Debido a sus permanentes conspiraciones contra el rey Luis XVI, fue relegado de París, por corto tiempo, a una de sus haciendas.

⁽²¹⁾ P. C. LECOMTE, Mémorial de la Révolution française, 1801. Citado por Valmigère, op. cit., pág. 59.

^{(22) «}Le duc d'Orléans... avait été singulièrement secondé par le franc-maçons, dont il était grand-maître en France». Le marquis de Buillé, Mémoires, 1797, citado por Valmigère, op. cit., pág. 122.

⁽²³⁾ Véase: Diccionario Enciclopédico de la Masonería, Editorial Kier, Buenos Aires, 1947, vol. II, págs. 818-822.

^{(24) «}Le duc d'Orléans... il eut pour lui tous les calvinistes du royaume». Galart de Montjoie, Histoire de la conjuration du duc d'Orléans, 1796. Citado por Valmigère, op. cit., pág. 122.

^{(25) «}Herederos» en el más estricto sentido de la palabra, pues se trata del mismo programa político: los protestantes en Francia, durante la Revolución francesa, vuelven a los proyectos de los hugonotes respecto a la abolición de la monarquía católica y a la instalación en su lugar de una

vió en varias ocasiones del «ejército de la Marsellesa», es decir, de los que reivindicaban la venganza de los albigenses.

El sentido de la Revolución francesa es también el principal tema de las obras (26) de Joseph de Maistre (27), tratado por él ante todo en Consideraciones sobre Francia (28), una obra ex-

república federativa. Al respecto escribe el duque de Lévis: «Cette chimère de république fédérative, révée pour la première fois au temps de la réforme par des ministres calvinistes... prit tout à coup de la consistance en 1793 et donna lieu à la faction des Girondins». Le Duc de Lévis, membre de l'Academie française, Souvenirs et portraits, 1857, citado por Valmigère, op. cit., pág. 65.

- (26) Las principales obras de Joseph de Maistre son las siguientes: Considérations sur la France; Etude sur la Souveraineté (a veces citado también como «Traité...» o «Etudes...» (en plural); Essai sur le principe générateur des Constitutions politiques; Les Soirées de Saint-Pétersbourg, ou Entretiens sur le gouvernement temporel de la Providence; Du Pape, y la Correspondencia (muy abundante e importante).
- (27) Joseph de Maistre nace en 1753 en Niza, en una familia culta y muy numerosa (catorce hijos), siendo el hijo primogénito. Estudia en el College Royal de Cambéry y después en la Universidad de Turín, recibiendo el grado de Doctor en Leyes en 1772. Su padre es senador e incluso Presidente del Senado del reino de Saboya. Joseph de Maistre, durante su vida adulta, sirve a este reino en calidad de diplomático, pasando el más largo período, de quince años, en Rusia, en Saint-Pétersbourg (San Petersburgo, hoy Leningrado). Escribió mucho; las ediciones de sus obras completas en algunos casos llegan a los 17 volúmenes. Al final de sus estudios universitarios se acercó a la Masonería, suponiendo que en esta «sociedad filosófica», como ella tiene la costumbre de llamarse, tendría ocasión de profundizar su vida espiritual. Decepcionado, la abandona, e incluso la combate en sus escritos, especialmente en la obrita Mémoire au grand-duc de Brunswick sur l'essence de l'Ordre, 1782.
- (28) Considérations sur la France es un libro publicado por primera vez en 1796. Aquí se aprovecha la edición del año 1936 (Librairie Philosophique Vrin, París, con una introducción y comentarios de los profesores René Johannet y François Vermale, los cuales completan el texto del año 1796 con algunos fragmentos del manuscrito, redactado por Joseph de Maistre en varias versiones, de las cuales sólo una es tomada en cuenta en la primera edición; y con los textos de otras obras del autor, que afirman y aclaran su pensamiento y sus opiniones.

Existe una esmerada traducción al castellano de Carmela Gutiérrez de Gambra, con un estudio preliminar de Rafael Gambra (Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1955); aquí se usa, a veces, esta versión castellana.

traordinaria, que se encuentra en la base de casi todas las polémicas futuras de los siglos XIX y XX sobre el tema del sentido de la Revolución francesa e, incluso, tal vez, mucho más que la obra anterior de Burke. Es imposible comprender esta polémica sin el previo conocimiento de esta obra de Joseph de Maistre, y por esta razón se le dedica aquí una atención muy especial.

Joseph de Maistre ve en la Revolución francesa, ante todo, el «castigo de Dios» por la infidelidad de Francia a su compromiso con la fe cristiana contraído en el día de su bautismo.

Claro está que no se puede identificar el «castigo de Dios» con la «teoría de la venganza», pues el castigo de Dios es siempre expresión del amor de Dios hacia el hombre, de su infinita misericordia. Cuando un padre castiga a su hijo, lo hace por amor y por la obligación de ocuparse de su comportamiento. En la venganza hay algo de odio y casi nunca hay algo de amor. Dios es Amor y, por ende, no se le puede atribuir una actitud de venganza, pero sí de castigo. Por esta razón la posición de Joseph de Maistre, quien, hablando del «sentido» de la Revolución francesa, lo ve como castigo de Dios, no se incluye aquí dentro de las teorías de venganza, sino que se la clasifica separadamente, como una «teoría del castigo».

Joseph de Maistre es un escritor político muy excepcional, pues para él la historia no es solamente la descripción, en la perspectiva del tiempo, de los acontecimientos y obras humanas, sino también de las divinas y satánicas, pero efectuadas por el hombre. Por esta razón sus consideraciones sobre los acontecimientos políticos pertenecen más bien a la filosofía de la historia y a la teología de la historia. Además, para él, la ciencia política no es una ciencia abstracta y puramente teórica, sino esencialmente histórica, es decir, que saca sus conclusiones de los hechos concretos históricos; es, pues, una ciencia empírica y no puramente especulativa, ya que la especulación se hace sobre datos históricos. «La historia es la política experimental», dice (29); e insiste: «Conviene siempre recordar la historia, pues ella es la

^{(29) «...} histoire est la politique expérimentable». Considérations..., op. cit., pág. 163.

mejor maestra de la política, o mejor dicho, es la única maestra, la única que vale; en la política no se puede admitir ningún sistema que no tenga una verificación en los hechos comprobados» (30).

La Revolución francesa, siendo un acontecimiento excepcional y directamente observado por Joseph de Maistre, viene a ser para él una ocasión para las reflexiones sobre el sentido de la historia como tal. Sus opiniones teológicas sobre la Revolución francesa presenta por primera vez en el ensayo Discours a la Marquise de Costa, publicado en agosto de 1794. En este ensayo se encuentran las principales ideas que después desarrolla en Consideraciones, a saber: el «providencialismo», es decir, la presencia de la Providencia divina en los acontecimientos históricos, lo que también se llama el «gobierno temporal de la Providencia», y la idea de la «reversibilidad» de las penas, es decir, una situación en la cual los inocentes sufren por los culpables.

Para comprender el pensamiento de Joseph de Maistre es indispensable, primeramente, conocer su «teoría del conocimiento», la que puede ser aceptada sólo por los creyentes. Según Joseph de Maistre, un cristiano siempre conoce todo, lo penetra y lo descubre a la luz de la razón y de la fe, es decir, a la luz de la ciencia y de la Revelación; ambas luces se complementan, formando una sola luz, la que ilumina con excepcional claridad todo y permite conocer incluso lo misterioso, que, para un agnóstico, siempre queda en la oscuridad. Se trata, pues, de una epistemología de una especial importancia para el análisis de los acontecimientos históricos, la cual se inspira principalmente en la lectura de la Biblia.

Antes de pasar al análisis de su obra principal respecto a la Revolución francesa, es decir, a Consideraciones, conviene recor-

^{(30) «...} l'histoire est le premier maître en politique ou pour mieux dire le seul...»; «... dans la science politique, nul système ne peut être admis s'il n'est pas corollaire plus ou moins probable de faits bien attestés». Ettude sur la souveraineté, Ed. Vitte, t. I, pág. 426, citado en Considérations..., por los editores, pág. 163.

dar cuáles son sus más importantes ideas. Se las puede resumir y reducir a los puntos siguientes:

- 1) La Providencia está presente tanto en la vida de cada persona como también en los acontecimientos históricos.
- 2) La Providencia se sirve no solamente de las personas piadosas, sino de todas, incluso de los criminales y ateos, para que los acontecimientos históricos se desarrollen según la voluntad de Dios, pues Dios no solamente castiga, sino que al mismo tiempo bendice y protege.
- 3) De ahí se plantea el problema de la libertad humana y su relación con la intervención de la Providencia.
- 4) La intervención de Dios en algunos acontecimientos históricos tiene carácter, sea de castigo, sea de bendición.
- 5) Las profecías y predicciones de Joseph de Maistre, que plenamente se cumplieron, y el problema de la presencia de Satanás en los acontecimientos históricos.
- 6) El asunto de la «reversibilidad» de los castigos, por la cual los inocentes sufren en lugar de los culpables.
- 7) Las opiniones de Joseph de Maistre respecto a la Revolución francesa.
- 8) Sus opiniones respecto a la relación entre la Revolución francesa y la anterior revolución inglesa.
- 1. El «providencialismo», como la presencia permanente de Dios en la vida del hombre y de las sociedades, especialmente en los acontecimientos históricos de importancia, es el tema principal de la historiosofía de Joseph de Maistre. Es evidente que no se trata de algún «descubrimiento» original de nuestro autor, pues esta creencia es parte integral de la cosmovisión cristiana. Sin embargo, Joseph de Maistre no solamente nos recuerda esta verdad en un ambiente descristianizado y laicizado de los tiempos de la Revolución francesa, especialmente en la vida política y en las ciencias históricas, sino que de ella ha hecho la «espina dorsal» de su pensamiento político y un criterio para la valoración de los acontecimientos históricos. Según sus biógrafos, esta idea se fue afirmando en él gracias a las frecuentes conversacio-

nes con el grupo de sacerdotes y obispos franceses refugiados en Suiza, en los primeros años de la Revolución francea.

Joseph de Maistre empieza su obra Consideraciones con la frase: «Estamos todos atados al trono del Ser Supremo (31) con una cadena flexible que nos retiene sin sojuzgarnos» (32). «En las obras del hombre, todo es tan pobre como el autor. Las concepciones son estrechas; los medios, rígidos; los movimientos, penosos y los resultados, monótonos. En las obras divinas, las riquezas del Infinito se manifiestan hasta en los menores detalles: su poder actúa solozándose; en sus manos todo es flexible, nada le resiste; para El, hasta los obstáculos sirven de medios; y las irregularidades producidas por la actuación de los agentes libres encuentran su puesto en el orden general» (33).

Esta presencia de la Providencia en la vida social humana se manifiesta, ante todo, en el orden, mientras que el desorden viene del hombre. «El orden es el elemento de la naturaleza humana, es decir, que el hombre debería realizar la voluntad de Dios» (34). «La Providencia garantiza el orden, pues todas las cosas expresan la voluntad creadora; no se puede admitir que Dios abandone el mundo» (35).

Para comprobar su tesis sobre la presencia de la Providencia en el acontecer humano respecto a la Revolución francesa, Joseph de Maistre menciona varios hechos ilustrativos, de los cuales mencionaremos sólo algunos, a saber: en el tiempo del mayor hambre en Francia (junio de 1794), provocado por una administración incompetente del gobierno revolucionario, los 38 barcos de la armada británica no fueron capaces de impedir que el transporte de trigo desde Santo Domingo a los puertos de Francia llegara sin problemas; gracias a las temperaturas muy

⁽³¹⁾ Joseph de Maistre pocas veces usa la palabra «Dios» y más frecuentemente usa la expresión «Ser Supremo», una costumbre introducida por J. J. Rousseau y Robespierre.

⁽³²⁾ Considérations, pág. 1.

⁽³³⁾ Considérations, pág. 64.

⁽³⁴⁾ Considérations, pág. 3.

⁽³⁵⁾ Ibid.

bajas, los ríos se transformaron en fantásticas autopistas para el ejército revolucionario francés, durante el invierno de 1795, gracias a lo cual las tropas bajo el mando del general Pichgru ocuparon fácilmente Holanda, y un destacamento de caballería conquistó la flota inglesa inmovilizada por el hielo; algunos enemigos de la Revolución francesa morían inmediatamente después de declarar la guerra a Francia; es el caso de Catalina II, la gobernante de Rusia, el 17 de noviembre de 1796; también de Gustavo III, el rey de Suecia (asesinado el 16 de marzo de 1791); el ejército francés conquistó Italia sin usar la artillería, pues el transporte de ésta exigía 5.842 caballos y había solamente 738; varias veces los ejércitos enemigos, mucho más grandes que el francés, se rendían a éste, entregándole sus armas, como ocurrió, por ejemplo, en Mondoví, en Dego, en Cera, etc. (36).

Este concepto de la Providencia es, para Joseph de Maistre, casi la única luz para valorar (37) todos los acontecimientos de la Revolución francesa; escribe: «Pero jamás es más visible el orden, jamás es la Providencia más palpable que cuando la acción superior sustituye a la del hombre y obra por sí sola: eso es lo que estamos viendo en este momento» (38). Por eso comparte con otros testigos la opinión de que «... la Revolución francesa conduce a los hombres y no es conducida por ellos» (39); de ahí su confianza y su esperanza de que la vuelta al orden y a la vida normal va a venir pronto y sin mayores obstáculos (lo que se cumplió completamente): «El retorno del orden no puede ser doloroso, porque será natural, y porque estará favorecido por una fuerza secreta cuya acción es totalmente creadora» (40). «El rey tocará las llagas del Estado con mano

⁽³⁷⁾ Considérations, pág. 31.

^{(37) «}Casi», pues insiste también en la presencia de Satanás, de manera parecida a LAVATEUR, quien escribe: «...considero que la Revolución, igual que la Pasión de Cristo, es la obra, tanto del Diablo como de Dios». Considérations, pág. 5, en la nota de los editores.

⁽³⁸⁾ Considérations, pág. 5.

⁽³⁹⁾ Ibid.

⁽⁴⁰⁾ Considérations, pág. 164.

tímida y paternal» (41). «El restablecimiento de la monarquía, que llaman contrarrevolución, no será una revolución contraria, sino lo contrario de la Revolución» (42).

2. Todo está subordinado a la Providencia, incluso los malechores (43). Los que establecieron en Francia la república lo hicieron contra su voluntad y sin saberlo (44), y precisamente así ocurrieron las cosas, pues la república fue instalada por los monárquicos (para evitar la toma del poder monárquico por el duque de Orléans), mientras que los republicanos se declararon en este momento partidarios de la monarquía, pues deseaban que gobernara el duque de Orléans, quien fue la cabeza visible de todo el movimiento revolucionario.

Joseph de Maistre recuerda también que Robespierre, Callot y Barrère nunca desearon que se impusiera el gobierno revolucionario, y menos el régimen de terror, y, sin embargo, obligados por las «circunstancias» (las que, según Joseph de Maistre, fueron providenciales), lo hicieron contra su voluntad. «Estos hombres, vulgares hasta la exageración, ejercieron sobre una nación culpable el más espantoso despotismo de que la historia hace mención, y seguramente eran ellos, de todo el Reino, los más asombrados del propio poder» (45); desde el momento en que cumplieron su papel, quedaron aniquilados (46).

«Todo les ha salido bien, porque no eran más que instrumentos de una fuerza más sabia que ellos. No han cometido errores

⁽⁴¹⁾ Ibid.

^{(42) «}Le retablissement de la Monarchie, qu'on appelle contre-révolution, ne sera point une révolution contraire, mais le contraire de la Révolution». Considérations, pág. 164.

^{(43) «}Les scelérats même qui paraissent conduire la révolution, n'y entrent que comme de simples instruments». Considérations, pág. 5.

⁽⁴⁴⁾ Ibid.

⁽⁴⁵⁾ Considérations, pág. 5.

^{(46) «...} un soufle les renversa». Considérations, pág. 6. Se trata de una alusión a la sorprendente caída de Robespierre.

en su carrera, como el flautista de Vaucanson no dio jamás una nota falsa» (47).

«El torrente revolucionario ha tomado sucesivamente distintas direcciones; y los hombres más notables de la Revolución, sólo siguiendo la dirección de la corriente, han adquirido esa clase de poder y celebridad a que podían aspirar; en cuanto han querido llevarle la contraria, o, simplemente, apartarse para trabajar por su cuenta, han desaparecido de la escena» (48).

Ese fue el destino de Mirabeau, La Fayette y de un centenar de otros (49): «... cuanto más se examina a los personajes que parecen más activos de la Revolución, más claramente se aprecia en ellos un algo de pasivo y mecánico. Nunca se repetirá bastante que no son los hombres los que dirigen la Revolución, sino la Revolución la que utiliza a los hombres. Se expresa una gran verdad cuando se dice que marcha por sí sola. Esta frase significa que jamás la Divinidad se ha mostrado de una manera tan clara en ningún acontecimiento humano. Si emplea los instrumentos más viles, es porque castiga para regenerar» (50).

3. La presencia de la Providencia en la vida humana no perjudica a la libre voluntad. Joseph de Maistre lo explica algo en una de sus obras: Les Soirées de Saint-Pétersboug, donde escribe: «Dios mueve a los ángeles, a los hombres, a los animales, a la materia y a todos los seres; sin embargo, lo hace según la naturaleza de ellos: al hombre lo ha creado libre y lo mueve respetando su libertad. Esta es una ley eterna, en la cual hay que creer» (51).

En una redacción algo distinta nuestro autor lo repite en su obra Etude sur la Souveraineté: «Ciertamente, el hombre es li-

⁽⁴⁷⁾ Considérations, pág. 7. Aquí el autor hace una alusión al famoso constructor de mecanismos automáticos, entre ellos, de un flautista.

⁽⁴⁸⁾ Considérations, pág. 7.

⁽⁴⁹⁾ Ibid.

⁽⁵⁰⁾ En la Revolución bolchevique en Rusia ha ocurrido lo mismo.

⁽⁵¹⁾ Les Soirés de Saint-Pétersbourg, Ed. Vitte, t. IV, pág. 275; citado por los comentaristas en Considérations, pág. 1.

bre; el hombre puede equivocarse, pero nunca hasta el punto de que se oponga a los proyectos generales (de la Providencia). Todos estamos atados al trono de la Eternidad con una cadena flexible, la cual sincroniza la libre voluntad del actuante con la voluntad de Dios» (52).

También en Consideraciones explica algo este problema: «Estamos todos atados al trono del Ser Supremo con una cadena flexible que nos retiene sin sojuzgarnos. Lo más admirable que existe en el orden universal de las cosas es la acción de los seres libres bajo la mano de Dios. Libremente esclavos, operan a la vez voluntaria y necesariamente: hacen realmente lo que quieren, pero sin poder trastornar los planes generales. Cada uno de estos seres ocupa el centro de una esfera de actividad, cuyo diámetro varía a voluntad del Eterno Geómetra, que sabe ampliar, restringir, detener o dirigir la voluntad, sin alterar su naturaleza» (53).

«Pero en los tiempos de la Revolución, la cadena que ata al hombre se acorta bruscamente, su libertad de acción disminuye, y sus medios le defraudan. Y, al sentirse arrastrado por una fuerza desconocida, se irrita contra ella, y, en lugar de besar la mano que le oprime, la niega o la insulta. No lo comprendo: es la frase del día. Esta frase es muy sensata, si nos conduce a la causa primera que en estos momentos ofrece a los hombres tan grandioso espectáculo; es necia, si no expresa más que despecho o abatimiento estériles» (54).

4. Según Joseph de Maistre, Dios se sirve de los malhechores especialmente en los casos del castigo por la infidelidad de las naciones respecto de sus vocaciones, pues «cada nación —como cada hombre— ha recibido una misión que cumplir» (55). «Francia ejerce sobre Europa un verdadero magisterio, que sería

⁽⁵²⁾ Etude sur la Souveraineté, Ed. Vitte, t. I, pág. 479; citado por los comentaristas en Considérations, pág. 1.

⁽⁵³⁾ Considérations, pág. 1.

⁽⁵⁴⁾ Considérations, págs. 3-4.

⁽⁵⁵⁾ Considérations, pág. 9.

inútil discutir, y del cual ha abusado de la manera más reprobable. Sobre todo, estaba a la cabeza del orden religioso, y no sin razón era su rey llamado cristianísimo: Bossuet no ha exagerado sobre este punto. Pues bien: ya que se ha servido de su influencia para desmoralizar a Europa, contraviniendo su vocación, no hay que extrañar que haya sido conminada a volver a ella por los medios más terribles» (56).

Entonces, según Joseph de Maistre, la Revolución francesa es un castigo de Dios que Francia recibe por cometer un doble crimen: el abandono de su misión de ejercer un «magisterio», es decir, la difusión a todo el mundo de una cultura cristiana, y por dedicarse, contraviniendo su vocación, a extender a todo el mundo el pensamiento pagano, materialista, ateo e inmoral de la así mal llamada «filosofía» de los enciclopedistas del siglo xvIII.

Estas reflexiones de Joseph de Maistre no se refieren exclusivamente a Francia, a pesar de que son formuladas con ocasión de la Revolución francesa, pues tienen carácter general, siendo más bien unas reflexiones sobre el sentido de la historia y de la existencia de las naciones y de sus vocaciones.

El análisis de este «castigo de Dios», presentado por Joseph de Maistre, es muy largo y detallado. El autor describe cómo los que prepararon la Revolución francesa son los primeros que sufren sus efectos. Así, por ejemplo, se refiere a las ejecuciones de algunos científicos: «Nos lamentamos al ver que sabios ilustres caen bajo el hacha de Robespierre. Humanamente hablando, nunca se lamentará bastante su pérdida, pero la justicia divina no tiene el menor respeto por los geómetras o los físicos (57). Demasiados sabios franceses han sido actores principales de la Re-

⁽⁵⁶⁾ Ibid.

⁽⁵⁷⁾ Se trata de una alusión a la ejecución de Bailly y de Lavoisier. Jean Sylvain Bailly es uno de los más grandes científicos de la época, astrónomo, miembro de la Academia de Ciencias, gran partidario de la Revolución francesa y una de las primeras víctimas de la guillotina. Antoine Laurent Lavoisier, químico, descubridor del oxígeno, entusiasta de la Revolución francesa y su víctima, guillotinado el 8 de mayo de 1794.

volución; demasiados sabios franceses la amaron y la favorecieron mientras, como el bastón de Tarquino, no abatió más que las cabezas dominantes: es imposible que se realice una gran revolución sin causar desgracias. Pero cuando un filósofo se consuela de estas desgracias en vista de sus resultados; cuando dice en su corazón: "Toleremos cien mil asesinatos si con ello logramos la libertad", si la Providencia le contesta: "Acepto tu aprobación, pero tú entrarás en ese número", dónde está la injusticia? ¿Juzgaríamos de otro modo en nuestros tribunales?» (58).

Joseph de Maistre opina que el rey Luis XVI fue culpable, pues no cumplió con su deber de gobernante, permitiendo que se divulgase una propaganda inmoral (59), y por eso fue apartado del poder por la Providencia (60). También considera que la guillotina y el terror fueron admitidos por la Providencia para castigar de inmediato a todos los culpables, especialmente el mismo regicidio: «Costará torrentes de sangre a Francia cada gota de la de Luis XVI; tal vez cuatro millones de franceses paguen con su cabeza el crimen nacional de insurrección antirreligiosa y

⁽⁵⁸⁾ Considérations, págs. 10-11.

^{(59) «}Le roi de France était à la tête du système religieux de l'Europe; il était le pape temporel et l'Eglise catholique était une espece d'ellipse qui avait un foyer à Rome et l'autre à Paris. Il est impossible de dire ce qu'aurait pu faire le roi de France dont les devois égalaient nécessairement la puissance (car ces deux choses dans le monde, puissance et obligations, sont une équation éternelle). Au lieu de ce qu'aurit pu faire ce grand souverain..., qu'a-t-il fait? Il a permis à une secte exécrable de saper tous les principes, d'empester ses sujets qui ont empesté l'Europe, et de détruire complètement et impunément la souveraineté religieuse et la religion politique. Voltaire surtout recut du roi tres chrétien una espèce de sauf-conduit en vertu duquel il lui fut permis de blasphémer un siècle dans les Etats du roi... Qu'est-il arrivé? Hélas! tout ce qui devait arriver. Il faut baisser la tête et se frapper la poitrine». Es un fragmento de la carta de Joseph de Maistre a M. de Blacas (3 de junio de 1812). ERNEST DAUDET, Joseh de Maistre et Blacas, pág. 126; citado por los editores en Considérations, pág. 9.

⁽⁶⁰⁾ Lo cual no impide considerar su muerte como martirio; es sabido que el papa Pío VI lo reconoce como mártir de la fe, en un documento ya anteriormente citado.

antisocial coronada por un regicidio» (61). Toda la sociedad fue culpable del crimen de la Revolución y de su terror, y por eso también el castigo tenía que ser extendido a toda la nación. Joseph de Maistre polemiza con la opinión de que bastaría castigar «a unos cuantos culpables, y todos los demás habrían obtenido gracia». «Esto es, precisamente, lo que la Providencia no quería. Como ella puede cuanto quiere, ignora estos perdones originados por la imposibilidad de castigar. Era necesario que el metal de Francia, libre de sus escorias ásperas e impuras, llegase más limpio y más maleable a las manos del rey futuro. Claro es que la Providencia no necesita castigar en el tiempo para justificarse; pero esta época se pone a nuestra altura y castiga como un tribunal humano» (62).

Recuerda también que, en el pasado, «ha habido naciones literalmente condenadas a muerte, y sabemos por qué» (63), y cita muchos ejemplos sacados de la Biblia.

Un castigo muy concreto en la Revolución francesa fue la institución del Comité de Salud Pública. Este Comité ha recibido el apoyo de parte del ejército, en lo cual Joseph de Maistre también ve la mano de la Providencia, porque si el ejército hubiera estado contra él, la guerra civil habría sido inevitable y, en consecuencia, Francia habría sido repartida de manera parecida como ha ocurrido con Polonia (64). Tomando esta posición, el ejército no sabía lo que hacía (65), siendo instrumentalizado por

⁽⁶¹⁾ Considérations, pág. 16. Esta profecía de Joseph de Maistre se ha cumplido exactamente, pues la cifra de cuatro millones de víctimas de la Revolución francesa es considerada actualmente como la más probable.

⁽⁶²⁾ Considérations, pág. 18.

⁽⁶³⁾ Considérations, pág. 19.

^{(64) «}Le maréchal de Castries, ancien ministre de la marine de Louis XVI, écrivait au comte de Provence, alors Régent, en avril-mars 1793: On craint que, depuis le partage de la Pologne, la Cour de Vienne ne veuille grossir sa part sur la France en acquérant l'Alsace et une lisière plus ou moins large sur la lisière des Pays-Bas». E. DAUDET, Histoire de l'Emigration, t. I, pág. 225. Citado por los editores en Considérations, pág. 21.

^{(65) «...} l'armée l'a réalisée, sans savoir ce qu'elle faisait...». Considérations, pág. 21.

la Providencia y, de esta manera, obligó en este momento a los jacobinos a apoyar a la monarquía. Así, los jacobinos, también instrumentalizados por la Providencia, no sabían lo que hacían, actuando en contra de sus planes y en contra de su voluntad de acabar con la monarquía. «Todas las vidas, todas las riquezas, todos los poderes, estaban en manos del poder revolucionario; y este monstruo de poderío, ebrio de sangre y de triunfos, fenómeno aterrador que nunca se había visto y que, sin duda, jamás volverá a verse, era al mismo tiempo un castigo espantoso para los franceses y el único medio de salvar a Francia» (66).

«¿Oué pedían los realistas cuando pedían una contrarrevolución tal como ellos la imaginaban, es decir, hecha bruscamente y por la fuerza? Pedían la conquista de Francia, pedían, por tanto, su división, la anulación de su influencia y el envilecimiento de su rey; es decir, matanzas durante quizás tres siglos, consecuencia infalible de una tal ruptura del equilibrio. Pero nuestros sucesores, que sin preocuparse de nuestros sufrimientos, bailarán sobre nuestras tumbas, se reirán de nuestra actual ignorancia; y les será muy fácil consolarse de los excesos que nosotros hemos presenciado y que habrán servido para conservar la integridad de el más bello Reino después de los cielos (67). Todos los monstruos que engendró la Revolución han trabajado, según las apariencias, sólo para la realeza. Por ellos, el brillo de las victorias ha forzado la admiración del Universo y rodeado el nombre francés de una gloria de la que ni los crímenes de la Revolución han podido despojarle enteramente; por ellos, el rey volverá a subir al trono con todo su esplendor y todo su poderio, quizá hasta con un poderío acrecido» (68).

Así, la Providencia se sirve también de los malhechores para devolver a Francia el orden y el esplendor.

5. Las profecías y predicciones de Joseph de Maistre. Una de

⁽⁶⁶⁾ Considérations, pág. 21.

⁽⁶⁷⁾ Es una cita de autor del libro de Hugo Grottus, De jure belli ac pacis.

⁽⁶⁸⁾ Considérations, pág. 22.

las predicciones más interesantes de Joseph de Maistre es la que se refiere a la pronta vuelta de la monarquía en Francia. Precisamente en el momento en que casi todos en Francia abandonan la esperanza al respecto, él predice la pronta Restauración, indicando, incluso, los pequeñísimos detalles relacionados con este acontecimiento; todo lo cual se cumplió de una manera asombrosa, cuando el hermano del rey decapitado, el conde de Provenza, se instala en el trono como Luis XVIII, y en el preciso momento en que Napoleón se consideraba a sí mismo invencible.

También se cumplió exactamente su profecía de que, gracias a la intervención de una dama, los franceses iban a recibir de nuevo a un monarca (69), pues fue Amédée de Coigny la que convenció a Telleyrand para que arreglase diplomáticamente la vuelta del rey Luis XVIII.

Además, se cumplieron otros detalles, como, por ejemplo, que las ciudades de Lyon y de Bordeaux serían las que primero iban a recibir la noticia de la llegada del nuevo monarca (70).

Sin embargo, la más importante profecía se refiere a la situación en el interior de Francia en el momento de la vuelta de la monarquía. Todos los demás preveían protestas, disturbios y, ante todo, un clima de venganza, mientras que solamente Joseph de Maistre profetizó que habría calma, paz, tranquilidad, perdón y nada de venganzas. Dos largos capítulos de las Consideraciones los dedica a la descripción de este estado de ánimo en Francia en los días de la vuelta a la monarquía, lo cual se cumplió exactamente. Lo importante en esta profecía es que este ambiente de tranquilidad, paz, orden y alegría es atribuíble sólo a la presencia en estos acontecimientos de la Providencia v a la colaboración con ella de toda la gente. He aquí uno de los textos: «Para hacer la Revolución francesa ha sido preciso derribar la religión, ultrajar la moral, violar todas las propiedades y cometer todos los crímenes; para esta obra diabólica ha sido preciso tal número de hombres viciosos que quizá nunca se han reunido

⁽⁶⁹⁾ Considérations, pág. 128.

⁽⁷⁰⁾ Considérations, pág. 123.

tantos vicios para realizar un mal. Por el contrario, para establecer el orden, el rey convocará a todas las virtudes; sin duda será ese su deseo, pero bastaría la naturaleza misma de las cosas para forzarle a ello. Su interés más inmediato será aliar la justicia a la misericordia; los hombres más estimables vendrán por sí mismos a colocarse en los puestos en que pueden ser útiles; y la religión, prestando su cetro a la política, le dará las fuerzas que sólo de esta augusta hermana puede recibir» (71).

Además, lo más importante de lo que va a ocurrir con la restauración de la monarquía es la desaparición de la «magia negra». «La magia negra que opera en este momento desaparecerá como la niebla al sol. La bondad, la clemencia, la justicia, todas las virtudes suaves y apacibles reaparecerán repentinamente, y traerán consigo cierta suavidad general en los caracteres, cierta alegría enteramente opuesta al sombrío rigor del poder revolucionario» (72).

Joseph de Maistre estaba influenciado por el pensamiento de Orígenes [185-264], el famoso teólogo, oriundo de Alejandría, algunas de cuyas opiniones son discutibles y otras rechazadas por la Iglesia; sin embargo, nunca fue declarado hereje. Pues bien, Joseph de Maistre conocía los escritos de Orígenes, especialmente su teoría sobre las dos magias: la blanca y la negra.

Al respecto, conviene recordar que la magia, de la cual se trata aquí, es el arte de poner a su servicio las fuerzas invisibles de los espíritus; la magia blanca es el arte de entrar en contacto con los ángeles, para conseguir de parte de ellos el apoyo en la práctica de las virtudes, mientras que la magia negra es el arte de vincularse con los demonios para ser secundados por ellos. Claro está que, así concebida la magia, no tiene nada que ver con el concepto vulgar, y menos todavía con los magos que sacan los conejos del sombrero.

Hablando de la desaparición de la magia negra en el proceso de la Revolución francesa, Joseph de Maistre se refiere probablemente a la posibilidad de que, con la vuelta de la monarquía

⁽⁷¹⁾ Considérations, pág. 132.

⁽⁷²⁾ Considérations, pág. 22.

católica (lo que es, para él, la evidente obra de la Providencia), las fuerzas satánicas quedarían neutralizadas. Según nuestro autor, durante la Revolución francesa actuaban ambas magias: la blanca y la negra. La magia blanca, en el pensamiento de Joseph de Maistre, se identifica tal vez con la presencia de la Providencia y la influencia de los ángeles sobre los hombres de buena voluntad, para que resistan a las malas influencias y actúen siempre de acuerdo con las exigencias de la moral; mientras que la magia negra consiste en la influencia de los demonios sobre las actitudes y actividades humanas, fomentando la inmoralidad: el odio, la envidia, la soberbia, la lujuria y, principalmente, el homicidio. El espantoso terror, las torturas, la bestialidad, la antropofagia y el beber la sangre humana; estos horrores, tan frecuentes durante la Revolución francesa, fueron atribuidos a la magia negra, es decir, a la presencia real de Satanás en el proceso de la Revolución francesa. Por eso, la expresión de Joseph de Maistre y de otros escritores de la época, de que la Revolución francesa es «satánica», no es una expresión puramente retórica, sino una valoración teológica. Joseph de Maistre, pues, profetiza que, con la vuelta de la monarquía católica, del orden deseado por Dios, y de la moral cristiana, las fuerzas del mal quedarán neutralizadas y que Francia va a volver a una vida tranquila y plenamente normal. Incluso profetiza que esto va a ocurrir dentro de unos diez años (73), lo cual también se cumplió (74).

No menos asombrosa es su profecía que se refiere a la toma del poder en Francia por Napoleón. En este caso no se trata de una sencilla observación de los acontecimientos de la Revolución francesa por un experto y erudito diplomático, sino de una predicción, basada en un análisis sutil del concepto de «soberanía», como autoridad política, fundada en la suprema autoridad de Dios, Creador, Providencia y el único Gobernador del Universo.

⁽⁷³⁾ Considérations, pág. 24.

⁽⁷⁴⁾ La monarquía fue restaurada en 1814, siendo interrumpida por los «cien días» (la vuelta de Napoleón) y definitivamente restaurada en 1815, después de Waterloo, y afirmada en el derecho internacional por el Tratado de Viena, en 1815-1816.

En el pensamiento de Joseph de Maistre, la «soberanía» es vinculada con la monarquía, en el sentido aristotélico, es decir, como el gobierno del uno (75). Nuestro autor es un monárquico y para él la soberanía es un elemento integral y esencial del poder monárquico, es decir, que «reside» en el monarca, en el rey, y no en el «pueblo». Una vez más hay que recordar que el pensamiento político de Joseph de Maistre está siempre fundado en la historia, es decir, en los hechos concretos, reales, y nunca en las especulaciones abstractas; en consecuencia, siempre recurre a la historia, como única maestra en las ciencias políticos. Pues bien, siempre según Joseph de Maistre, la historia enseña que el «pueblo» (la multitud) nunca gobierna, sino que siempre es gobernado; nunca escoge a sus gobernantes, sino que siempre los recibe de Dios (76); buenos o malos, a veces como premio y a veces como castigo (77), es decir, recibe gobernantes excelentes o mediocres e, incluso, tiranos. Siempre ocurre que, cuando el «pueblo» quiere deshacerse del gobernante recibido de Dios, cae bajo la más odiosa esclavitud de un cruel tirano (78), pues siempre gobierna la Providencia, sirviéndose de los gobernantes buenos o malos para premiar o castigar a los pueblos. «Todos los hombres que han escrito o meditado la historia han admirado esa fuerza secreta (es decir, la Providencia) que se burla de las previsiones humanas. Como nosotros pensaba aquel gran capitán de la antigüedad que la honraba como a un poder inteligente y libre y no emprendía nada sin encomendarse a ella (79). Pero

⁽⁷⁵⁾ Aristóteles, La Política, libro III, cap. VII.

⁽⁷⁶⁾ Considérations, pág. 125.

⁽⁷⁷⁾ Considérations, todo el capítulo IX.

⁽⁸⁰⁾ Así ha ocurrido en Francia, cuando el «pueblo» se rebeló contra el legítimo monarca, el bondadoso Luis XVI, y lo guillotinó; entonces recibió como gobernantes a unos tiranos como Danton, Marat y Robespierre. Cuando el pueblo de Rusia se rebeló contra su legítimo monarca, el bondadoso zar Nicolás II, y lo mató, recibió como gobernantes a los crueles tiranos Lenin y Stalin.

^{(79) «}Nihil rerum humanarum sine Deo numine geri putabat Timoleon». Cornelio Nepote, Vita Timoleona, cap. IV. Citado por Joseph de Maistre, Considérations, pág. 124.

donde la acción de la Providencia brilla de modo impresionante es en el establecimiento y la caída de las soberanías. No sólo no entra en esos grandes movimientos la masa de los pueblos más que como la madera y las cuerdas empleadas por un mecánico, sino que sus mismos jefes no son tales más que para una visión superficial: de hecho, son dominados lo mismo que ellos dominan al pueblo. Estos hombres, que, tomados en conjunto, parecen los tiranos de la multitud, son a su vez tiranizados por dos o tres hombres, a quienes tiraniza uno solo. Y si este individuo único pudiera y quisiera decir su secreto, se vería que él mismo no sabe cómo se ha apoderado del mando; que su influencia es para él mayor misterio que para los demás, y que unas circunstancias que él no podía ni preparar ni prever lo han hecho todo por él y sin él» (80).

Así, este «uno», profetizado por Joseph de Maistre, que resultó ser Napoleón, será un instrumento en las manos de la Providencia para restaurar la monarquía: el gobierno del uno, de Napoleón, primeramente como Cónsul, y después como Emperador, va a preparar el ambiente político para un gobierno del uno legítimo, es decir, del monarca de la dinastía tradicional, de Luis XVIII, y, después de su muerte (en 1824), de Carlos X (hermano de Luis XVI y de Luis XVIII).

6. El asunto de la «reversibilidad» de los castigos, cuando los inocentes sufren en lugar de los culpables.

Uno de los temas más importantes en el pensamiento de Joseph de Maistre es el de la «reversibilidad» de los castigos, cuando los inocentes sufren en lugar de los culpables. Esta situación es bien conocida y practicada en distintas culturas, desde tiempos casi inmemoriales hasta hoy día, estando también presente en la historia de Israel y en las narraciones de la Biblia, y con un significado muy especial en los anuncios proféticos sobre la llegada del Mesías, el Redentor de la Humanidad, el inmaculado e inocente Cordeto de Dios, esperado por los pueblos

⁽⁸⁰⁾ Considérations, pág. 126.

bíblicos. Su presencia en la persona de Jesús de Nazaret, reconocido como Mesías por una parte del pueblo israelita, y, ante todo, en su Pasión y muerte en la cruz, coronada con su Resurrección, es el caso supremo, por antonomasia, de la reversibilidad del castigo.

Se puede suponer que los sacrificios humanos, en su mayoría de niños inocentes, practicados en muchas religiones antiguas y que ocurren esporádicamente en algunos países hasta hoy día, prefiguraban el Sacrificio del Calvario, como también, sin duda, esta prefiguración se expresa en la matanza de los «inocentes» por Herodes, según es relatada en los Evangelios. El Sacrificio del Calvario también, probablemente, fue prefigurado en la institución bien conocido en muchísimas religiones, llamada el «chivo expiatorio».

Joseph de Maistre trata este problema con ocasión de las tan frecuentes, durante la Revolución francesa, matanzas de gente inocente, especialmente de niños, bajo el pretexto de ser nietos y bisnietos de las personas condenadas por los tribunales revolucionarios a ser guillotinados. Entre estas víctimas inocentes se encontraron también miles de monjas, especialmente las dedicadas a obras de caridad, y que trabajan en los hospitales.

Los comentaristas de las obras de Joseph de Maistre suponen que él, en este asunto, tomó en cuenta las opiniones de Plutarco (50-125?) y de Orígenes. Sin embargo, es sabido que, por principio, siempre en cada tema religioso se subordinaba a la enseñanza oficial de la Iglesia.

Probablemente, los sacrificios de inocentes por los crímenes de los culpables son más apreciados por Dios, especialmente cuando son consciente y voluntariamente aceptados y ofrecidos a Dios. Precisamente, eso ocurría con frecuencia durante la Revolución francesa, cuando estas víctimas inocentes aceptaban con alegría sus sufrimientos, para de esta manera conseguir la misericordia de Dios para con su país. Existen al respecto muchísimos testimonios, pero, tal vez, el más emocionante es el ejemplo dado por el mismo rey Luis XVI, quien, previendo su injusta ejecución, ya un mes antes de su decapitación, ofrece su

vida por la Francia en un largo y bellísimo testamento (81); también en el último momento, antes de ser guillotinado, lo hace públicamente en sus últimas palabras dirigidas al sacerdote que lo asiste.

El ejemplo dado por el rey Luis XVI es imitado por su hermana, una persona de reconocida santidad, que voluntariamente compartía el encarcelamiento de su hermano, ocupándose en la prisión de toda la familia real y especialmente de los niños, hasta su ejecución en la guillotina, que tuvo lugar poco después de la ejecución del rey. Joseph de Maistre la llama «la celestial Elisabeth» (82).

Estas espantosas masacres de gente inocente durante la Revolución francesa inspiran en la mente de Joseph de Maistre unas reflexiones más generales sobre la «horrible efusión de sangre humana» (83), lo cual caracteriza no solamente a la Revolución francesa, sino, desgraciadamente, a toda la historia de la humanidad; de ahí que a este tema dedica todo el capítulo tercero de sus Consideraciones.

Conociendo muy bien toda la historia, y, especialmente la antigua, afirma que «la historia prueba, desgraciadamente, que la guerra es el estado habitual del género humano en cierto sentido; es decir, que la sangre humana ha de correr sin interrupción sobre la tierra, ya en un lugar, ya en otro, y que la paz, en cada nación no es más que una tregua. Se puede citar la clausura del templo de Jano bajo Augusto; se puede citar un año del reinado guerrero de Carlomagno (el año 790), en el cual no hizo la guerra; una corta época después de la paz de Rayswick, en 1697, y otra igualmente corta después de la de Carlowitz, en 1699, en las que no hubo ninguna guerra, no solamente en Europa, sino en todo el mundo conocido. Pero estos son sólo

⁽⁸¹⁾ El texto completo del testamento del rey Luis XVI se encuentra reproducido en el libro de l'Abbé Alphonse Cordier, Martyrs et Bourreaux de 1793, París, 1856; nueva edición en 1982, dos volúmenes, volúmene I, págs. 276-281.

⁽⁸²⁾ Considérations, pág. 45.

⁽⁸³⁾ Considérations, pág. 32.

ejemplos excepcionales. Por otra parte, ¿quién puede saber lo que sucede en todo el globo, en una época determinada?» (84);

Y siguen los datos concretos minuciosos: «Marius extermina en una batalla doscientos mil cimbrios y teutones. Mithrídate manda degollar ochenta mil romanos. Sila mata noventa mil hombres en un combate entablado en Beocia en que él mismo pierde diez mil. En seguida vienen las guerras civiles y las proscripciones. César, por sí solo, hace morir un millón de hombres sobre el campo de bataca (antes que él había tenido Alejandro tan funesto honor). Augusto cierra un instante el templo de Jano: pero lo abre para siglos al establecer un imperio electivo. Algunos buenos príncipes permiten que el Estado respire; pero la guerra no cesa jamás, y, bajo el imperio del bondadoso Tito, seiscientos mil hombres perecen en el sitio de Jerusalén. La destrucción de hombres realizada por las armas de los romanos es verdaderamente aterradora» (85). Y nuestro autor sigue proporcionando los horribles datos en muchas páginas más, para comprobar su tesis de que «la efusión de sangre humana no se detiene iamás en el universo: unas veces es menos abundante sobre una gran superficie y otras más abundante sobre una superficie menos extensa; o sea, que es, poco más o menos, constante. Pero de cuando en cuando suceden acontecimientos extraordinarios que la aumentan prodigiosamente, como las guerras Púnicas, los triunviratos, las victorias de César, la irrupción de los Bárbaros, las Cruzadas, las guerras de Religión, la de Sucesión en España, la Revolución francesa» (86).

Sin duda, estos datos, a la luz de los conocimientos históricos actuales, son discutibles, pero no ponen en duda la tesis del autor.

Veamos ahora sus conclusiones.

«Hay... motivos para creer que esta destrucción violenta no es un mal tan grande como se cree: al menos, es uno de esos males que entran en un orden de cosas en que todo es violento

Committee to the committee of the committee of

⁽⁸⁴⁾ Considérations, pág. 34.

⁽⁸⁵⁾ Considérations, págs. 35-37.

⁽⁸⁶⁾ Considérations, pág. 40.

y contra naturaleza, y que producen compensaciones. En primer lugar, cuando el alma humana ha perdido su temple por la molicie, la incredulidad, y los vicios gangrenosos que acompañan al exceso de civilización, no puede volver a templarse más que en la sangre. No es fácil, ni mucho menos, explicar por qué la guerra produce efectos tan diferentes según las diversas circunstancias. Lo que se ve con bastante claridad es que el género humano puede ser considerado como un árbol al que una mano invisible poda sin tregua, y que mejora frecuentemente con esta operación. Es verdad que si se lesiona al tronco, o si se cortan todas las ramas, el árbol puede morir. Pero, ¿quién puede determinar los límites para el árbol humano? Lo que sabemos es que las mayores carnicerías se alían a menudo con las más densas poblaciones, como se ha visto sobre todo en las antiguas repúblicas griegas y en España bajo la dominación de los árabes (87). Los lugares comunes sobre la guerra nada significan: no hace falta ser muy listo para saber que cuantos más hombres se matan, menos quedan por el momento, como, cuantas más ramas se cortan, menos se dejan en el árbol, pero son las consecuencias finales de la operación lo que hay que considerar. Pues bien, siguiendo con la misma comparación, se puede observar que el jardinero hábil encamina la poda, más que a la vegetación de conjunto, a la fructificación del árbol; lo que quiere de la planta son frutos, y no madera y hojas. Y los verdaderos frutos de la naturaleza humana: las artes, las ciencias, las grandes empresas, las altas concepciones, las virtudes viriles, dependen, sobre todo, de la guerra. Sabido es que las naciones no alcanzan jamás el punto culminante de grandeza de que son capaces, más que tras largas y sangrientas guerras. Así, el momento más brillante de los griegos fue la época terrible de la

^{(87) «}España, en aquella época, llegó a tener cuarenta millones de habitantes; hoy (es decir, cuando J. de M. escribe, probablemente en el año 1795) no tiene más que diez. En otro tiempo «Grecia florecía en el seno de las más crueles guerras; corrían ríos de sangre y todo el país estaba cubierto de hombres, etc.». ROUSSEAU, Contrato Social, lib. III, cap. X. Citado por Joseph de Maistre.

guerra del Peloponeso: el siglo de Augusto siguió inmediatamente a la guerra civil y a las proscripciones; el genio francés fue tallado por la Liga y pulimentado por la Fronda; todos los grandes hombres del siglo de la reina Ana nacieron en medio de conmociones políticas. En una palabra: diríase que la sangre es el abono de esa planta que se llama genio» (88).

«Sólo hay un medio de reducir el azote de la guerra, que es reducir los desórdenes que traen esta terrible purificación» (89).

«Ya comprendo que en todas estas consideraciones nos vemos constantemente asaltados por la imagen, tan dolorosa, de los inocentes que perecen junto con los culpables, pero, sin detenernos en esta cuestión, que se relaciona con las cuestiones más profundas que existen, podemos considerarla solamente en su relación con el dogma universal, y tan antiguo como el mundo, de la reversibilidad de los dolores del inocente a favor del culpable. Creo que de este dogma derivaron los antiguos: la costumbre de los sacrificios, que se practicaron en todo el universo, y que juzgaban provechosos, no sólo a los vivos, sino también a los muertos (90). Extraños usos, que la costumbre nos hace mirar sin asombro, pero cuyas raíces no es fácil descubrir. Las inmolaciones voluntarias, tan famosas en la antigüedad, se basaban en el mismo dogma. Decio tenía fe en que el sacrificio de su vida sería aceptado por la divinidad y que podría contrarrestrar los males que amenazaban a su patria (91). El cristianismo ha dado su consagración a este dogma, que es infinitamente natural al hombre, aunque parezca difícil llegar a él por medio del razonamiento. Así, puede haber habido en el corazón de Luis XVI, en el de la celestial Isabel, un movimiento, una acep-

⁽⁸⁸⁾ Considérations, págs. 41-42.

⁽⁸⁹⁾ Considérations, pág. 43.

⁽⁹⁰⁾ Platón, De República, lib. II. Literalmente, hacía sacrificios «por el reposo de las almas; y estos sacrificios —dice Platón— son de gran eficacia, por lo que dicen ciudades enteras... y los profetas, inspirados por los dioses» (nota de J. de M.).

⁽⁹¹⁾ Tito Livio, VIII, 9 y 10. «Diaculum omnes deourum irae. Omnes minas periculaque ab diis, superis inferisque in re unum vertit». Nota de Joseph de Maistre.

tación, capaces de salvar a Francia» (92). «La inocencia satisfaciendo por el crimen» (93).

«Todo es violencia en el Universo; pero la filosofía moderna nos adula cuando dice que todo está bien; siendo así que el mal lo ha manchado todo y que, en un sentido muy real, todo está mal, porque nada está en su sitio. Cuando bajó la nota tónica de nuestra creación, todas las demás bajaron proporcionalmente, según las reglas de la armonía. "Todos los seres se lamentan" (Rom., VIII, 22), y tienden con esfuerzo y dolor hacia otro orden de cosas» (94).

La conclusión final de Joseph de Maistre es optimista: «... no hay castigo que no purifique, no hay desorden que el Amor Eterno no sepa volver contra el principio del mal. Es consolador, en medio del desorden general, presentir los designios de la Divinidad» (95).

Agreguemos que, después de la Revolución francesa, la situación al respecto («el torrente de sangre humana») sigue igual: hemos tenido varias guerras espantosas, dos crueles guerras mundiales, horribles guerras civiles y muchas sangrientas revoluciones, además se han agregado algunos fenómenos tales como masacres permanentes en Perú, llevadas a cabo por «Sendero luminoso» (que es, en realidad, «tenebroso»), el terrorismo de los narcotraficantes y de varios tipos de «mafias». Todo eso viene «de la misma fuente» (de la même source), como dice Joseph de Maistre, la cual no es otra sino el crimen de Caín, símbolo del odio, despertado en el corazón humano por la envidia, la obra propia de Satanás.

7. Las opiniones de Joseph de Maistre sobre la Revolución francesa.

De lo anterior se desprende que las opiniones de Joseph de

⁽⁹²⁾ Considérations, págs. 44-45.

⁽⁹³⁾ Considérations, pág. 45.

⁽⁹⁴⁾ Considérations, págs. 45-46.

⁽⁹⁵⁾ Ibid.

Maistre sobre la Revolución francesa sólo pueden ser categóricamente negativas. He aquí algunos textos:

«... no hay nada de grande, nada de augusto, en una revolución totalmente criminal...» (96).

«Lo que distingue a la Revolución francesa y hace de ella un acontecimiento único en la historia, está en que es radicalmente mala; ningún elemento de bien alivia la visión del observador. Es el más alto grado de corrupción conocido: es la pura impureza» (97).

«La Revolución francesa ha recorrido un período cuyos momentos, indudablemente, difieren entre sí; sin embargo, su carácter general no ha variado y desde la cuna mostraba ya lo que iba a ser. Era un delirio inexplicable, una impetuosidad ciega, un desprecio escandaloso hacia lo más respetable para los hombres; una atrocidad de un nuevo género que se burlaba de sus propios crímenes; pero, sobre todo, una impúdica prostitución del razonamiento y de todas las palabras hechas para expresar las ideas de justicia y de verdad» (98).

«Lo que vemos actualmente no tiene nada de Francia; es un enfermo delirante...» (99).

«Hay en la Revolución francesa un carácter satánico que la distingue de todo lo que se ha visto, y quizá de todo cuanto se verá» (100).

«La Revolución os ha hecho sufrir porque fue obra de todos los vicios, y los vicios son, con toda justicia, los verdugos del hombre» (101).

8. La comparación de Joseph de Maistre de la Revolución francesa con la Revolución inglesa de 1648-1688.

⁽⁹⁶⁾ Considérations, pág. 6.

⁽⁹⁷⁾ Considérations, pág. 56.

⁽⁹⁸⁾ Considérations, págs. 57-58.

⁽⁹⁹⁾ En la carta a Vignet des Etoles (26 de agosto de 1794). Vitte, t. IX, pág. 76.

⁽¹⁰⁰⁾ Considérations, pág. 63.

⁽¹⁰¹⁾ Considérations, pág. 134.

La Revolución inglesa empieza, según unos, en 1622, y según otros en 1648. Joseph de Maistre no es el único ni el primero que investiga la relación entre estas dos revoluciones: prácticamente su análisis se limita sólo al resumen de uno de los volúmenes de la obra de David Hume, The history of England, publicada en 1789 en doce volúmenes.

Curiosamente, la Revolución francesa estalla exactamente en el centenario de la revolución inglesa; más todavía, con ocasión de este centenario, y para celebrarlo y recordar sus logros se funda en Inglaterra The Revolution Society, presidida por Earl Stanhope. Las sesiones de esta sociedad se celebraban «at the meeting-house of Old Jewry», es decir, en la sinagoga de Londres. The Revolution Society saluda a la Revolución francesa con una sesión solemne y un largo discurso del doctor Richard Price (1722-1791), apenas esta Revolución empieza a manifestarse, es decir, cuando los Estados Generales reunidos se declaran Asamblea Nacional. En su discurso, Richard Price reconoce en la Revolución francesa la continuación de la Revolución inglesa, provocando una polémica sobre este tema con Edmund Burke, quien refuta las opiniones de Richard Price en una larga «carta», que luego toma forma de un voluminoso libro: Reflexiones sobre la Revolución en Francia (102).

Ocurre que Joseph de Maistre está leyendo la mencionada obra de David Hume justamente cuando empieza la Revolución francesa, y, estando muy impresionado por el relato del historiador inglés y con lo que pasa en este momento en Francia, considera que la Revolución francesa es la reedición de la Revolución inglesa; especialmente le llama la atención que lo ocurrido en Inglaterra en el año 1648 se repite ahora en Francia, es decir, en los acontecimientos de los años 1788-1789; en la medida en que se desarrolla el proceso revolucionario en Francia, ve en él la repetición de lo ocurrido antes en Inglaterra.

Los Estados Generales, que se transformaron por su propia iniciativa en Asamblea Nacional, declaran que no pueden ser di-

⁽¹⁰²⁾ EDMUND BURKE, Reflexions on the Revolution in France, 1790, 1979.

sueltos, igual como el Parlamento «largo» inglés en 1648; ambas revoluciones son precedidas por una profunda subversión ideológica («filosófica») democrática, anticristiana, de abierta rebelión contra todo lo tradicional; en ambas revoluciones el motor revolucionario está en los clubes, que actúan en todo el territorio nacional, y en la prensa, es decir, en los panfletos subversivos, calumniosos y ridiculizantes de toda autoridad; en ambos casos el proceso revolucionario empieza por la descomposición y desmoralización del ejército; en ambos casos la revolución se hace en nombre de la Libertad y de la Igualdad; también ambas rechazan la monarquía como una institución opuesta a la Igualdad. Curiosamente, ocurre que en ambos casos la revolución está enfrentada a monarcas muy bondadosos, que buscan la reconciliación y quieren evitar a todo precio la efusión de sangre. Ambos gobernantes, Carlos I y Luis XVI, son espantosamente calumniados y estas calumnias desatan la violencia del pueblo. Se ataca a la monarquía como institución de opresión, se la suprime de hecho, dejando de tratar a ambos monarcas como tales; se les arresta, encarcela, se les separa de sus súbditos fieles y leales, se les maltrata y ajusticia, después de un proceso ridículo, contrario a todos los principios legales, y que es en realidad una burla.

El comportamiento de ambos monarcas perseguidos y maltratados es también muy parecido: ambos guardan su dignidad y serenidad hasta el fin; ambos encuentran la consolación y ayuda en la religión, perdonando a sus verdugos; las últimas palabras del rey Carlos son: «deseo cambiar mi corona temporal por una celestial» (103).

En ambos casos la destrucción de la monarquía es solamente pasajera, pues la república dura corto tiempo; en ambos, a la república se impone una dictadura cruel: en Inglaterra la de Oliver Cromwell, en Francia, primeramente, las de Danton, Marat

⁽¹⁰³⁾ Probablemente, el comportamiento de Luis XVI fue influenciado por el de Carlos I, pues el rey de Francia, encarcelado, leía las biografías del rey de Inglaterra, encontrando su situación muy parecida a la del monarca inglés, como consta de su correspondecia.

y Robespierre y, finalmente, la de Napoleón, y en ambos casos estas dictaduras, contradiciendo la voluntad de los protagonistas, conducen a la restauración de la monarquía.

En ambos casos la revolución destruye todo lo tradicional; sin embargo, el principal blanco del proceso destructivo es la religión católica. En ambas se recurre al terror como a un instrumento para la destrucción física del adversario. Oliver Cromwell degolla a los católicos con la espada; la Revolución francesa con la guillotina y los fusilamientos.

En ambos casos se rompe con el pasado, con la tradición, usando los métodos casi idénticos, como, por ejemplo, introduciendo un nuevo calendario, que resulta ser ridículo y efímero.

En ambos casos se pretende adaptar la religión cristiana a las exigencias de la «moda» política, es decir, a la «republicanización» y a la «democratización», recurriendo a las transformaciones ridículas de los textos litúrgicos: en Inglaterra cambiando en la oración «Padre Nuestro» las palabras «venga tu reino» por «venga tu república», y en Francia eliminando todas las alusiones a la monarquía, especialmente suprimiendo las oraciones por el rey. Huelga decir que Joseph de Maistre, en ambas revoluciones, ve la presencia de la Providencia y de Satanás.

Agreguemos que hay también algunas diferencias, y la principal de ellas es el hecho de que la Revolución inglesa, al fin y al cabo, termina con la restauración de una monarquía que no es católica, sino protestante e, incluso, masónica, pues la nueva dinastía se vincula con la Masonería; además, hay un compromiso entre la monarquía, la república y la democracia partidista, guardando los restos de un feudalismo modernizado y tolerando algunas tradiciones corporativas, adaptadas a las exigencias de la época.

De todas maneras, la Glorious Revolution ha destruido en Inglaterra el catolicismo, y con esta destrucción dejó de existir la tradicional Merry England, «Alegre Inglaterra»; se impuso el protestantismo anglicano, con apariencias litúrgicas católicas, pero con una moral puritana. Sin embargo, quedaron algunos valores y principios de la antigua civilización romana.

¿Cuál es, entonces, el sentido de la Revolución francesa según Joseph de Maistre? De manera parecida a otros historiadores y analistas políticos, Joseph de Maistre considera que el sentido esencial de la Revolución francesa es la consciente y radical descristianización de la cultura francesa. Sin embargo, enfoca este problema de una manera algo distinta, pues lo ve no solamente como el abandono del ideal de un Estado católico y de su parcial realización durante casi dieciocho siglos (pues el cristianismo está presente en el territorio de la futura Francia ya en la mitad del siglo primero). A este ideal tradicional ve que le opone un ideal nuevo, totalmente contrario, pues es un ideal del Estado laico (104), es decir, de un Estado sin Dios y sin la religión revelada, y con las pretensiones de extenderse, como un modelo, a todo el mundo.

Para Joseph de Maistre, el ideal del Estado católico está vinculado con la monarquía católica y con el concepto católico de la soberanía; ambas estas instituciones reciben su autoridad de Dios, y sirven a Dios, y no solamente a su pueblo. El sentido esencial de la Revolución francesa (como también de la anterior Revolución inglesa) es que pone este orden al revés: en lugar de Dios coloca al hombre, y, en la práctica, el «pueblo», considerándolo como soberano y como la suprema autoridad. En esta posición de absoluta autosuficiencia política, Joseph de Maistre ve el satanismo de la Revolución francesa (la Revolución inglesa al respecto guarda algunas apariencias de moderación, siendo el rey de Inglaterra la cabeza de la Iglesia anglicana), pues se trata de una rebelión contra Dios, y de un orgullo satánico, que reclama no solamente la absoluta autosuficiencia (prescindir de Dios), pues también pretende existir exclusivamente para sí mismo, y no para la gloria de Dios.

Recurriendo una vez más a la terminología de San Agustín, y siguiendo el pensamiento de Joseph de Maistre, se puede decir que el sentido esencial de la Revolución francesa es una radical ruptura con el tradicional esfuerzo de la nación francesa

⁽¹⁰⁴⁾ Claro está que Joseph de Maistre no usa esta expresión, pues la palabra «laico» aparece en la mitad del siglo XIX.

por comprometerse con la construcción de la Ciudad de Dios (Civitas Dei) para, sobre sus escombros, intentar la construcción de un Estado laico mundial, exclusivamente inmanentista, es decir, una Civitas mundi.

Al problema del sentido de la Revolución francesa está también dedicada la obra de Genevieve Esquier: *Una historia cristiana de la Revolución francesa* (105), con una interesante introducción de Marcel Clément.

La autora enfoca el problema del sentido de la Revolución francesa desde el punto de vista cristiano, y, en consecuencia, distingue en este acontecimiento cuatro procesos: intelectual, metafísico, sanguinario (sanglante), es decir, terrorista y político. Especialmente trata del proceso político de transfondo metafísico. La polémica sobre este tema es muy antigua en Francia, pues empieza -- como ya lo hemos visto-- con Rivarol, Mallet du Pan, Joseph de Maistre, L. G. A. de Bonald y un centenar de otros, llegando a una discusión apasionada con ocasión del centenario y volviendo ahora, una vez más, con ocasión del bicentenario. Recordemos - según los datos del mencionado libroque con ocasión del centenario, en uno de los teatros de París fue presentada la obra de Victorien Sardou: Thermidor, 1891, la que ha cuestionado el papel de los jacobinos en la Revolución francesa. Esto provocó manifestaciones, tumultos y protestas de tanta envergadura que las auoridades ordenaron la clausura del teatro y la suspensión de las representaciones, lo cual, a su vez, provocó debates en el Parlamento, con la participación de Georges Clémenceau, quien dijo la famosa frase: «nos guste o no, la Revolución francesa es un bloque, del cual no se puede sacar

⁽¹⁰⁵⁾ GENEVIEVE ESQUIER, Une histoire chrétienne de la Révolution française, avec préface de MARCEL CLÉMENT, Réflexions sur la Révolution, Editions de l'Escalade, París, 1989, pág. 301.

nada, pues la verdad histórica no lo permite» (106), a lo cual, varios años después, Edouard Herriot contestó: «La Revolución francesa no es un bloque, pues se compone de lo que es perfecto y de lo que es detestable» (107).

Volviendo al libro de Genevieve Esquier, si se trata de lo que ella llama la «revolución intelectual», es decir, del triunfo de la pseudofilosofía de los enciclopedistas sobre la tradicional cosmovisión cristiana, como la principal causa y el sentido de la Revolución francesa, esto está actualmente fuera de toda discusión, pues casi todos los historiadores de la Revolución francesa comparten esta opinión, unos con dolor y otros con satisfacción.

Pero la mencionada «revolución metafísica», a pesar de que tampoco es algo nuevo, merece ser destacada, pues nuestra autora indica al respecto un hecho concreto de gran importancia, a saber, que esta revolución metafísica se expresa en el acto jurídico del día 23 de junio de 1789, cuando la Asamblea declara que el rey recibe su mandato del pueblo, rechazando por este acto el tradicional principio de que su mandato viene de Dios y que la sacra solemne del monarca en Reims es su pública manifestación.

La revolución política es una consecuencia lógica de esta revolución metafísica, pues, desde el momento en que el «pueblo» es el soberano, y no el rey, se da el cambio esencial del papel del Parlamento, el cual ya no manifiesta al monarca los deseos de sus súbditos, sino la voluntad de ellos; los que antes «pedían», ahora «exigen».

Entonces, con razón escribe Marcel Clément, en la introducción al libro mencionado, que el sentido de la Revolución fran-

^{(106) «}Que cela nous plaise ou que cela nous choque, la Révolution française est un bloc... un bloc dont on ne peut rien distraire parce que la vérité historique ne le permet pas». Citado por MARCEL CLÉMENT en la mencionada introducción al libro de GENEVIÈRE ESQUIER, op. cit., página 10. ...

^{(107) «}La Révolution française n'est pas un bloc. Elle comprend de l'excellent et du détestable». *Ibid.*, pág. 11.

cesa consiste en este cambio esencial; no se trata de un cambio relativamente secundario, del paso de la monarquía a la república (un cambio de régimen político), sino de un cambio esencial, es decir, metafísico: la soberanía de Dios es reemplazada por la soberanía del «pueblo», es decir, por la «voluntad general» (la volonté générale), un concepto introducido por J. J. Rousseau (pero conocido antes).

Se trata, pues, del concepto de un Estado laico, en el cual no hay lugar para Dios; se trata de un antropocentrismo político, impuesto por la Revolución francesa (y, anteriormente, hasta algún punto, por la Revolución inglesa), en lugar del teocentrismo político tradicional en el mundo cristiano. Este antropocentrismo político de la Revolución francesa se manifiesta también en la famosa Declaración de los Derechos del Hombre.

Así, por la Revolución francesa, la Civitas mundi pretende ocupar el lugar de la Civitas Dei, no solamente en Francia, sino en todo el mundo. Y este es el principal sentido de la Revolución francesa.